

Wentworth Webster

Poco hace que se cumplió el primer aniversario de la muerte de este ilustre escritor, cuyo nombre era, desde hace muchos años, evocado con respeto por los aficionados á las cosas de nuestra tierra.

La *Revista Intemacional de los Estudios Vascos* desea dedicar á la memoria de aquel varón que en sus últimos años me distinguió con muy sincera amistad, una noticia algo más extensa que la que publicó á raíz de su muerte, y me ha confiado á mi tan honroso encargo, fundándose para ello en que yo podía recoger y consignar en mi artículo muchas de las apreciaciones Intimas de Webster, tocantes á hechos de la historia del pueblo euskaldun, ó á manifestaciones de su vida social, ya que el docto escritor inglés mantenía conmigo, acerca de estas materias y de otras conexas con ellas, correspondencia bastante activa y constante en la postrera época de su existencia.

La primera vez que me llamó la atención el nombre de Webster, fué cuando, niño aún lo leí en las páginas de *La Ilustración Católica* de Madrid, donde, allá por los años de 1880 ó 1881, apareció una traducción castellana de los artículos interesantes y bien pensados que, á propósito de *los vascos*, había publicado en la *Nouvelle Revue* de Paris. Ni el propio escritor inglés, ni mi querido amigo don Manuel Perez Villamil, que á la sazón dirigía *La Ilustración Católica*, pudieron decirme quién era el discreto y elegante traductor que se ocultaba bajo las iniciales A. C., que figuraban al pié de la versión castellana de que vengo hablando.

La lectura de los mencionados artículos despertó en mí un cierto sentimiento de simpatía que me llevaba á inquirir si Webster continuaba escribiendo de cosas vascongadas, y desde entonces no perdí ocasión de

haber á las manos cuantas producciones suyas se relacionaban con nuestra tierra.

Años andando, la publicación de mis *Investigaciones históricas referentes á Guipúzcoa* me puso en relación amistosa con él, y desde esa fecha, y sobre todo, desde que fui á residir habitualmente en Guernica, como Cronista de las Provincias Vascongadas, recibí constantes pruebas del afecto que me profesaba, y me confió no pocas ideas y pensamientos suyos, concernientes á la historia, las costumbres y las leyendas y tradiciones del pueblo euskaldun.

Para saber lo que era ó debía de ser Webster á los ojos de los vascongados, y la atención que prestaba á las cosas de nuestro país, he juzgado que nada era más oportuno ni más elocuente que repasar con cuidado su correspondencia, é ir extrayendo de ella cuanto bajo ese respecto valiera la pena de ser lanzado á los vientos de la publicidad.

El docto escritor, que había nacido en Uxbridge, Middlesex (Inglaterra) el 16 de Junio de 1828, llevaba en el país vasco muy cerca de cuarenta años, y vivía últimamente retirado, al pié de la montaña de Larrun, en el apacible pueblo labortano de Sara, donde reposan los restos de Pedro Axular, el autor insigne de *Guero*, y donde vió la luz de la vida el capitán Elizamburu, cantor de *Nere etchea*, uno de los poetas más sinceros y representativos de nuestra raza.

Webster se educó en una escuela privada de Brighton; pasó en 1849 al Lincoln-College de Oxford: y allí recibió los grados superiores de la enseñanza. Durante su juventud recorrió Escocia, Alemania y Suiza, y en 1858 partió para Buenos-Aires, de donde volvió á Europa y fué á Bagnères-de-Bigorre. Viajó por Egipto de 1862 á 1863, y antes de la guerra franco-alemana de 1870 vino á Biarritz y se trasladó más tarde á San Juan de Luz, como capellán de la colonia anglicana. En 1882, razones de salud le obligaron á establecerse en Sara; y allí continuó hasta su muerte, acaecida el día 2 de Abril de 1907. Un hijo suyo es profesor en Oxford, y una hija suya, profesora en Cambridge, lo que vale tanto como decir que el nombre y la estirpe de Webster han de mantener su lustre en las dos Universidades más famosas de Inglaterra.

Publicaciones diversas honraron sus páginas con los estudios y los artículos del escritor á quien nos referimos. Entre las que más directamente interesan á nuestro propósito, citaremos la *Nouvelle Revue*, de Paris, el *Bulletin Hispanique*, de Burdeos, el *Bulletin de la Société Raymond*, de Bagnères-de-Bigorre, el *Bulletin de la Société des Sciences et Arts*, de Bayonne, *The Academy* y *The Athenæum*, de Londres, y el *Boletín de la Academia de la Historia* de Madrid, en que salió á luz por vez primera el año de 1883 su luminoso y definitivo trabajo sobre los verdaderos auto-

res de Altabiskarko Kantua, y la manera y la fecha en que lo compusieron. Tomó pié para escribir este artículo, de unas consideraciones que sobre el asendereado *Canto* y sobre la posibilidad de que fuese más ó menos antiguo, se estampaban en el discurso que leyó don Victor Balaguer en la Real Academia Española á su ingreso como individuo de número de aquella docta Corporación. La Real Academia de la Historia quiso recompensar el servicio que en esta ocasión había prestado Mr. Wentworth Webster á la cultura, y le nombró miembro correspondiente suyo, á propuesta de persona tan calificada y respetable como el insigne epigrafista R. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús. Igual distinción recibió más adelante de la *Hispanic Society* de América.

De las obras que dió á las prensas en el curso de su vida, interesan particularmente á los vascongados las que se mencionan á continuación.

1. *Basque legends*, collected chiefly in the Labourd. Londres, 1877, in-8° XVI-233 página = 2ª edición, aumentada con un apéndice sobre la poesía vasca, 1879, in-8°-XVI-276 páginas.

2. *Grammaire Cantabrique basque*, par Pierre d'Urte (1722). Bagnères-de-Bigorre, 1900, in-8° 4-VIII-5-568 páginas. Tirada aparte del *Butletin de la Sociéte Ramond*.

3. *Les loisirs d'un étranger au Pays basque*. Chalon-sur-Saône, 1901, in-8° XXIV-359 páginas.

Entre los diversos estudios que se incluyen en este libro, que no se puso á la venta, figura el relativo á *Los Vascos* que se publicó en la *Nouvelle Revue* de Paris, y al cual hemos hecho referencia más arriba. Otra de las curiosas y eruditas disquisiciones que contiene, está sugerida por una noticia que da el Licenciado Poza en su libro *De la antigua lengua y población de España*, y se endereza á poner en claro, con gran copia de textos y con inducciones sagaces y afortunadas, si los antiguos Señores de Vizcaya juraban la guarda de los fueros y libertades del Señorío con un pié calzado y el otro descalzo.

El último trabajo que escribió fué un artículo sobre los vascos que hizo con destino á la nueva edición de la *Encyclopædia Britannica*. Y era tan amigo de la exactitud en sus cosas, que, en cuanto se llevó á cabo el 13 de diciembre de 1906 la revisión del concierto económico existente entre el Gobierno de Madrid y las Diputaciones de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, creyó que debía completar su artículo con la noticia de este concierto, ó mejor y más exactamente dicho, de esta revisión, que estimaba como «un suceso histórico de importancia». Por cierto que en la misma carta en que me daba cuenta de haber enviado esa noticia al

editor de la *Encyclopædia Britannica*, me decía también que esperaba mucho de la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, cuya próxima publicación se anunciaba por entonces. Si acertó ó nó en sus pronósticos, no hemos de decirlo nosotros, que tenemos á gala figurar como colaboradores de esta *Revista*.

Pero lo que sí he de consignar, antes de pasar más adelante, y ya que de la *Revista* se trata, es que Mr. Webster autorizó solemnemente á su director, mi querido amigo don Julio de Urquijo, para que rectificase en su nombre las especies que alguna vez, fijándose en informes ajenos, había vertido acerca de la existencia de la *Couvade* entre los euskaldunes. De su larga convivencia los labortanos, sacó la persuasión íntima y firmísima de que esta era una de tantas leyendas y fantasías como corren acerca de nuestro país, y hasta pasan en autoridad de cosa juzgada, mientras nadie se tome la molestia de rebartirlas, trayéndolas á juicio.

Los hechos históricos están sujetos á revisión perpetua, y nadie debe avergonzarse de rectificar sus propias opiniones, cuando adquiere el convencimiento de que no están ajustadas á la verdad. Webster no se sonrojó nunca de ser estudiante de por vida, y de modificar sus juicios, cuando estos no respondían á un severo examen de la realidad de las cosas, contemplada á la luz de la crítica. En una ocasión, y á propósito de la publicación de un estudio del sabio arqueólogo Mr. Pierre Paris relativo al *Idolo de Miqueldi* (*Bulletin Hispanique*, de Burdeos, número de Enero á Marzo de 2902) me indicó las dudas que más de una vez se le habían ocurrido, y que entonces se le reproducían ante los fotograbados que acompañaban á aquel artículo, y la posibilidad de que el famoso *Idolo* no fuese más que un bloque de asperón, del cual se hubiesen extraído dos piedras de molino, una á la derecha, y otra á la izquierda, dejando una tercera esbozada en el centro, por haber tropezado quizás con alguna dificultad ó alguna deficiencia que impidiese utilizarla en el destino que se le había dado primeramente. En tal caso había que admitir que la semejanza con un animal cualquiera era puramente fortuita. Claro está que no aventuraba esta aserción más que como una mera hipótesis, á pesar de haberla confiado años antes á sus colegas de la Sociedad de Ciencias y Artes de Bayona, á la vez que les presentaba un dibujo exacto del ya citado *Idolo*, que había sacado para él, á su paso por Durango, su amigo Mr. Ludovic Letrone, pintor y arqueólogo distinguido, miembro de la Sociedad de Anticuarios de Francia. En corroboración de sus conjeturas citaba el hecho de encontrarse á menudo esbozos por el estilo de aquel, en bloques de piedra que se utili-

zaban en la montaña de Larrun para la extracción de piedras de molino.

Comentando en otra carta suya la semblanza de Elizamburu que incluí en el tomo de *Miscelánea histórica y literaria que bauticé con el título De mi País*, me decía que el poeta labortano le hablaba con frecuencia de la alteración que había encontrado en el vascuence, cuando vino á establecerse en Sara, después de haber cumplido el servicio militar. Él había conservado el habla de su juventud, pero hallaba grandes cambios y diferencias en la lengua que escuchaba á todas horas: especialmente, la distinción entre la *i* y la *e*, se había perdido, lo mismo en la conversación que en la escritura, pues de igual suerte se decía: *enea* y *enia*; *obeá*, y *obia*; *atheá*, y *athia*, cosa que no ocurría cuando Elizamburu era joven, pues entonces ningún vasco pronunciaba la *e* como *i* ó *viceversa*, y los sonidos eran claramente diversos. El único verdadero vascuence, á juicio del dulce cantor de *Aingeru bat*, era el que hablaban los viejos aldeanos de las montañas, que no sabían palabra de francés ni de castellano. Y citaba numerosas pruebas en confirmación de su aserto

Pero con ser interesantes estas opiniones de Elizamburu, lo son, á mi juicio, mucho más las que sustentaba el propio Webster acerca de *Basque legends*. «Si tuviera más fuerzas y salud más robusta — me decía en Agosto de 1902 — baría una nueva edición de mi libro; sobre todo, porque, desde que escribí la introducción del mismo, he cambiado completamente de opinión. Seguía entonces las teorías solares y atmosféricas de Max Muller. Hoy creo que no hay más que una cuarentena de motivos ó de datos originales para todo el *folk-lore* de la especie humana. Todo lo demás viene á ser á manera de los cambios y las variaciones de las piezas de un kaleidoscopio. No he encontrado en el *Folk-lore* vasco nada que no haya encontrado en el *Folk-lore* de otros países. La única diferencia existente se reduce al color local y á la manera de narrar los hechos. Creí primero que *Las tres olas* de Araquistain era un cuento de origen puramente vasco, pero mas tarde he encontradola misma leyenda en Suecia y en Provenza. Si después de mi muerte quiere alguien hacer una edición francesa de mi libro, encontrará los materiales preparados en la Biblioteca municipal de Bayona, á donde irán los cuadernos manuscritos que tengo reunidos, tomándolos escrupulosamente de la version oral.»

No son estas las únicas observaciones y noticias interesantes que encuentro en sus cartas. En una de ellas, hablando del gran poeta *lakista* William Wordsworth, y de los tres sonetos de asunto vasco que figuran en la colección de sus obras, me indico el origen de uno de ellos (el señalado con el número XXIV), y me lo mostró claro y patente en el

Itinerario de España de Laborde, muy popular en su tiempo, Wordsworth no estuvo nunca en el país vasco, ni pisó tierra española, como se dijo en la revista donostiarra *Euskal-Erria*, al reproducirse en sus páginas el soneto famoso que el autor de *The Excursion* dedicó al Roble de Guernica, al que comparó con el árbol de Dodona, y le considero dotado de más santo poder que aquel. El espíritu de oposición á la Revolución francesa, con la cual simpatizó en un principio, como otros liberales ingleses, y sobre todo á la grandeza del imperio napoleónico, le llevó á celebrar el valor de todos osaran afirmar su independencia en frente de las legiones victoriosas acaudilladas por Bonaparte. Así cantó á los defensores de Zaragoza, y así cantó al Arbol de las libertades vascongadas. Webster aplicaba á las obras de Wordsworth el proverbio griego: la mitad vale más que el todo.

Más adelante, y con ocasión de habérsele remitido por indicación mia, el programa de la *Fiesta de la tradición del pueblo vasco* que se celebró en San Sebastián el año de 1904, me manifestaba lo que va á leerse: «Me parece que éste es el momento oportuno para hacer un estudio de conjunto sobre las danzas vascas de ambas vertientes del Pirineo. El vasco es el único pueblo de la Europa Occidental que ha conservado toda la serie de sus bailes. Danzas de animales, danzas de artes y oficios, danzas de agricultura, danzas guerreras, danzas religiosas, danzas de teatro, danzas de ceremonia y danzas amorosas, no hay forma de baile que ustedes no posean en las distintas comarcas del país, pero todas se van, y su conocimiento, y aun su memoria, se perderá bien pronto, si se sigue por ese camino. Ante la aserción de los periódicos, los extranjeros aceptan hoy ¡el fandango! como una danza vasca. Por eso se hace preciso sacar fotografías de todas las danzas propias del pueblo euskaldun».

Y volviendo sobre et mismo asunto, me decía de nuevo: «Pensé por un momento escribir alguna cosa sobre los bailes vascos con destino á la fiesta de la tradición del pueblo vasco que va á celebrarse en Sun Sebastian; pero se me hace imposible por falta de tiempo. Ultimamente he leído observaciones y notas sobre las danzas y teatro griego, escritas por dos de nuestros mejores profesores de la Universidad de Oxford. Uno de ellos pretende que el drama de los *Hervey Islanders* en el Pacifico era muy semejante al drama griego anterior á Esquilo. El otro habla de una danza del oso que se bailaba antes de que se inventara el drama griego. Todavía se baila *Hartz-Dantza* en Tardetz (Soule)».

«Si yo hubiese podido redactar mi pequeña memoria, los capítulos que hubiese contenido, serían los siguientes :

Danzas de hombres solos.

1. — Danzas de animales.

*Zamalzain.**Hartza.**Ašeri.*

2. — Danzas de artes y oficios.

*De la vendimia.**De los tejedores.**De la agriculturas.*

3. — Danzas religiosas.

Las que se mencionan en la *Corografía de Guipúzcoa*, del P. Larra-mendi.

4. — Danzas guerreras.

*Ezpata-dantza.**Danza de Beotibar.**Salto vasco.*

5. — Danzas de teatro.

*Satanes.**Turcos*, etc., en las *Pastorales*.

6. — Danzas de ceremonia.

La Pamperouque, que se baila en Bayona ante los extranjeros.

7. — Danzas de los dos sexos.

Las que se bailan al final de una fiesta.

8. — Danzas improvisadas.

Véanse las que se citan en las *Memorias de Jenofonte*.

Y después de repetir que el pueblo vasco era el único de la Europa occidental que conservaba toda la serie cronológica de sus danzas, añadía que estas «son las cosas vivientes mas antiguas, se remontan á una fecha desconocida, y encierran seria importancia para la antropología». Ansiaba que alguien, suficientemente preparado para ello, las describiese con toda exactitud, y á ser posible, las fotografiase sin demora; pero no sabemos que se hayan cumplido estos votos del ilustre euskarófilo inglés.

No fué esta la ultima vez que me habló de la misma materia. «Una de las danzas más graciosas que yo he visto jamás — me escribía posteriormente fué improvisada por dos adolescentes, varón y hembra, que bailaban en Tardetz. Me recordaba la célebre descripción de la danza de amor que se lee en el *Simposio* de Jenofonte. No creo que los jóvenes griegos excedieran en gracia á estos dos vascos suletinos, á quienes todo el mundo admiraba en Tardetz. Era la poesía de la raza que

se expresaba por medio de movimientos rítmicos, en vez de expresarse por medio de palabras puestas en verso.»

El temor de que las danzas genuinamente vascas desapareciesen á más andar, y fuesen sustituidas por otras exóticas, le perseguía como una obsesión. Al indicársele que se iban á publicar las memorias y conferencias escritas con ocasión de la antes citada *Fiesta de la tradición del pueblo vasco*, se expresaba en estos términos que denotan la importancia que en su fuero íntimo concedía á las cosas de nuestra tierra: «Es de todo punto necesario que se sumen los esfuerzos de todos para que lleguemos á reunir y registrar cuantos hechos verdaderos se averigüen acerca de la historia y las costumbres de los vascos. Actualmente se Venden en San Juan de Luz tarjetas postales ilustradas con un grupo de aldeanos que baila el fandango, y á su pié la siguiente leyenda: *¡El fandango, danza nacional de los vascos!!* Recuerdo muy bien haber oído decir, hace cosa de treinta años: «Los *cascarrots* de Ciboure comienzan á bailar el fandango.» Lo han aprendido de los españoles, y los demás lo han aprendido de ellos. Las verdaderas danzas vascas están en la actualidad completamente olvidadas. Si dice usted esto á un viajero del día, no se lo cree ó usted, é inmediatamente le responde con desdén: ¡Cá! «si tengo yo la fotografía del fandango bailado por los vascos, y el fandango es su danza nacional!»

Ni los muchos años, ni los achaques á ellos consiguientes, le impedían fijarse en los estudios que, de cerca ó de lejos, se relacionasen con el pueblo euskaldun. Su curiosidad se mantenía siempre viva; su inteligencia, siempre despierta. La afirmación hecha por Enrique Bradley en su libro *The Making of English*, de que la lengua inglesa nada debe prácticamente á la de los antiguos britanos (1), le sugirió estas consideraciones: «Encuentro la misma singularidad entre el vascuence y los idiomas célticos en España. La palabra Celtiberia en griego y en latin demuestra que los dos pueblos estuvieron en contacto uno con otro por

(1) Véase el texto de Bradley: «It might, perhaps, be naturally expected that Old English would contain many words taken from the language of the Celtic Britons. The older books on English philology contain a long list of words supposed to be derived from this source. Modern investigation, however, has shown that the number of Celtic words which are found in English before the twelfth century is less than a dozen... It must be confessed that this result is somewhat puzzling, as there is evidente to prove that the British population was not entirely massacred or driven westward by the English conquerors... It must be remarked, also, that the British names of rivers and of cities have in many cases been preserved to modern times. Still, however surprising the fact may be, it remains certain that the English language owes practically nothing to the language of the ancient Britons — *The Making of English*, by Henry Bradley. — London — Macmillan & C^o — 1904 — (Pág. 82-83.)

espacio de siglos. Hay muchos nombres célticos de ríos y de ciudades, en las Provincias Vascongadas (3 *Devas*, etc., etc.), y á todo lo largo de la costa N. y N. O. de España, y sobre todo en Galicia, mezclados con nombres toponímicos vascos, pero, en cuanto yo he podido averiguar, todavía hay en vascuence menos huellas de las lenguas célticas que las que se conservan en el idioma inglés. ¿Cómo explicarse esto? ¿El mismo fenómeno en dos casos tan diferentes?»

Tampoco deben pasarse en silencio las observaciones que estampó en otra carta suya á propósito de un artículo de Sir Eduardo Fry, relativo á *Roncesvalles*, publicado por *The English Historical Review* en el mes de Enero de 1905. Se lamentaba de que el autor, que había ido al renombrado monasterio por el camino de coches existente entre Valcarlos é Ibañeta, creyese que, aquella carretera, que hace treinta años, era todavía una senda de arrieros, existía ya desde los tiempos de Carlomagno. «He pasado por allí cuatro ó cinco veces á pié y á caballo — añadía — antes que se construyese el camino actual, y dos veces he ido de San Juan de Pié de Puerto á Roncesvalles siguiendo, por el Castet Pignon, el Col de Bentarte, Altobiscar é Ibañeta, la vieja calzada romana, que existía mucho tiempo antes de Carlomagno, y que era la ruta de los peregrinos, el camino real de España por donde pasaban todas las diligencias de Pamplona á San Juan de Pié del Puerto, antes y aún después de la Revolución. Desde que se establecieron los ferro-carriles, que han traído consigo el cambio de los itinerarios seguidos por espacio de siglos, se hace absolutamente necesario para el historiador familiarizarse con las antiguas calzadas, tanto más cuanto que es de presumir que los automóviles introducirán todavía mayores alteraciones en los caminos que aún quedan».

Y evocando los recuerdos de Carlomagno y de Roldán que parecen adheridos á aquellos lugares en que tan misteriosa y penetrante suena la voz de tradiciones magnificadas por el prestigio de los siglos, me decía que varias veces se había preguntado á sí mismo si no 'serían distintas las leyendas del famoso emperador y del paladín incomparable, y se relacionaría la de Carlomagno con las peregrinaciones á Santiago de Compostela y la de Roldán con los monumentos megalíticos que en Europa existen. «Tenemos en Inglaterra — agregaba — piedras de Roldán (*Roland-stones*) que datan de época anterior á la conquista normanda. ¿Sería posible procurarse una lista de los rollos que hay en España, y fotografías de algunos de ellos? He encontrado mención del Rollo de Aravaca, del Rollo de Mayorga de Campos, y de

Campanas, las de Toledo ;
 Iglesia, la de León;
 Reloj, el de Benavente ;
 Y *rollo*, el de Villalón».

Quando publiqué mi *Memoria* sobre *Los Archivos municipales como fuentes de la historia de Guipúzcoa*, y apunté en ella la posibilidad de que la concordancia perfecta que se nota entre la antigua división eclesiástica y la división lingüística del territorio guipuzcoano, respondiese á la manera como se había distribuido el solar de nuestros mayores entre vascones, várdulos y caristios, el docto escritor inglés me preguntó si no había parado nunca mi atención en la existencia de tres tipos físicos distintos entre los hijos del país vasco. Él la había notado, y había comunicado sus impresiones á Mr. Antoine d'Abbadie, que se mostró conforme con ellas. No cuidaron de tomar las medidas y consignar los datos que registran los antropólogos de profesión. Uno de los tipos ó variedades en que se habían fijado, se encontraba en la Soule. Tenía la estatura alta y el aspecto bello y se distinguía por su dolicocefalia: el pelo, rubio, ó cuando menos claro. Otro de los tipos — no muy común — se veía desde Ascaín hasta Guipuzcoa. Era de pelo y cejas oscuros, y los ojos también castaños, tirando á negros. Sólo una familia de este tipo conoció en Sara, pero era más común en otras localidades, situadas, como decía más arriba, desde Ascaín hacia Guipúzcoa. El tercer tipo era el más difundido donde quiera. Su pelo era más oscuro y su contextura más vigorosa; pero alguna vez se daba el caso de tener los ojos azules ó garzos, y era braquicéfalo. «El peregrino del Códice Calixtino — decía — parece haberse dado cuenta de esta distinción, cuando escribe: *Sed Bascli facie candidiores Navarris approbantur.*» Sospechaba Webster si esta diferencia de tipo físico tendría alguna relación con el dialecto que se hablara en cada zona.

Antes de dar fin al presente artículo, en que he procurado dejar hablar el sabio autor á cuya memoria se dedica, quiero recoger en síntesis cuantas indicaciones me hizo acerca de un punto histórico de tan singular transcendencia como la introducción del Cristianismo en el pueblo vasco. Le había anunciado yo mi propósito de tratar este asunto en una de las conferencias que iba á dar en San Sebastián á fines de septiembre de 1904, y al contestar á mi carta, me decía que el problema, á su juicio, era de resolución muy difícil, y su clave estaba en lo que yo le indicaba á propósito del individualismo de los vascos, y de la manera como la Religión Cristiana fué primeramente extendiéndose, por lo común, en las grandes ciudades y difundiéndose á lo largo de los caminos frecuen-

tados por los romanos. De aquí nace que aldeas apartadas de esas rutas permaneciesen aferradas al paganismo, siglos después que el mundo romano había abrazado la luz del Evangelio. Esto se ve en Italia mismo, y aún no muy lejos de Roma: por ejemplo, en Monte Casino. «Prudencio — añadía — parece decir que todos los vascos no se habían convertido aún en su tiempo. Por otra parte, se nota que los vascos han conservado en sus iglesias y en sus costumbres algunos rasgos que se remontan á los primeros siglos de la Era cristiana, y cosas que se han olvidado ya en todos los demás países occidentales. Acabo de terminar un artículo sobre las *Seroras, Freyras, Benoïtes parmi les Basques*. Esta institución cayó muy pronto en desuso en todo el mundo occidental, aunque data de los tiempos apostólicos. San Isidoro de Sevilla no sabía nada de ella. Solamente los vascos la han conservado hasta la fecha entre los occidentales, aunque creo que todavía debe de persistir en Oriente».

Después que hubo visto impresa la conferencia que yo dí acerca de esta materia tan transcendental, y que desde hace año viene solicitando mi atención de una manera progresivamente imperiosa, tuve la amabilidad de comunicarme la impresión que mi trabajo le había causado, y trasmitirme las observaciones que su lectura le sugería. Se inclinaba á encontrar cierta semejanza entre la difusión del Evangelio en Inglaterra y la predicación de la doctrina de Cristo en la Euskal-erria. Hacia notar que durante la ocupación romana eran muy pocas las iglesias de piedra que había en aquella isla, porque si bien han sobrevivido las huellas y el recuerdo de algunas que existían, v. g. en Canterbury y en Dover, se dice también que era de madera una no menos antigua que hubo en Glastonbury. Cuando los romanos se retiraron en el siglo V, sus sucesores, los sajones, no emplearon en sus edificios — incluso en sus iglesias — otro material de construcción que la madera. Hasta el siglo VII no se levantaron por los sajones templos de piedra, y entonces se hace constar expresamente que se ajustó su edificación al modo romano, y se llevó á cabo bajo la dirección de arquitectos traídos de la Roma papal. «En cambio — indicaba Mr. Webster — habiéndose congregado siempre las juntas ó asambleas de los vascos, y de otros pueblos, vecinos suyos situados en el Pirineo, al aire libre y á la sombra de un árbol consagrado por la tradición, ¿no es probable que las primeras reuniones religiosas del pueblo convertido al Cristianismo se celebrasen de la misma manera? Todavía hoy se encuentran, á través de Inglaterra, robles antiquísimos, llamados robles del Evangelio (*Gospel-Oaks*), plantados á la manera del Arbol de Guernica... Es creencia popular que estos Robles del Evangelio señalan el sitio donde primeramente

se predicó la doctrina de Cristo, aunque no hay prueba documental que corrobore este aserto».

«Pasé el verano de 1865 en la Alta Engadina en Suiza, en Saint-Moritz y en Pontresina. Todos los habitantes de la Engadina eran á la sazón protestantes, y no había allí ninguna iglesia católica. Pero los pastores trashumantes de Bérghamo, que de las inmediaciones de la ciudad italiana conducen sus rebaños, desde tiempo immemorial, á aquellas montañas en busca de pasto, eran todos católicos, y un anciano y venerable franciscano les aguardaba allí, y les decía la Misa y celebraba todas las funciones religiosas al aire libre, en medio de los bosques, sin edificio ninguno destinado al culto. Y se aseguraba que así venía haciéndose desde el establecimiento del Protestantismo en la Engadina. ¿Porqué no habían de verificarse igualmente al aire libre las funciones religiosas en el país vasco, así como se celebraban también las asambleas políticas? El mismo nombre de anteiglesias, y la significación que alcanzaba en Vizcaya, autorizan esta suposición».

Se relacionan con este problema histórico dos curiosos artículos publicados por Mr. Webster: uno en el *Bulletin Hispanique*, de Burdeos, y otro, en la *Revue du Béarn et du Pays Basque*, de Pau. De ambos hizo tirada aparte. El primero se refería á *Prudencio y los vascos*, y procuraba sacar á luz cuantos datos concernientes á nuestra raza y gente existen en los himnos del gran poeta celtibérico. El segundo, ya mencionado más arriba en uno de los trozos que he transcrito de las cartas del ilustre euskarófilo inglés, es el que lleva por título: *Seroras, Freyras, Benoïtes, parmi les Rasques*. La materia es de suyo tan interesante, y hay sobre ella tal riqueza de datos de toda especie en nuestros Archivos, que sería de desear que mi entrañable amigo y compañero don Serapio de Mujica, tomando por base el trabajo de Webster, y ampliándolo con la suma de noticias peregrinas que ha ido rociando en sus laboriosas tareas de exploración de papeles viejos, nos diese una monografía que sería recibida con aplauso por cuantos se dedican á la investigación histórica. El mismo autor á quien vengo dedicando este recuerdo, abrigó alguna vez. la aspiración que ahora lanzo al público, y con aquella modestia propia de todo hombre que se conoce á si mismo, quiso que otros mejorasen y completáran lo que él había nada más que esbozado.

Este rasgo de modestia sincera y nobilísima, pinta el escritor y al hombre, y he querido consignarlo para terminar el presente artículo, en que he preferido reproducir las palabras del mismo Mr. Webster para que su fisonomía moral y sus ideas sobre cosas del país vasco no resultasen, á pesar mio, disfrazadas y hasta desnaturalizadas quizás, por

haberlas envuelto yo en el ropaje de mi estilo, y haber infundido en ellas algo que me fuese exclusivamente personal. Es el escollo en que se tropieza fácilmente cuando se quiere trazar un retrato, una semblanza.

A pesar de las diferencias que nos separaban en puntos fundamentales, muchas y cariñosas atenciones debí al ilustre finado, cuya muerte me causó muy viva pena.

CARMELO DE ECHEGARAY.

